R/ 527:6

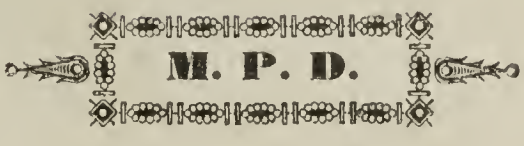
LA HIJA DE FERNAN GIL.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado por primera vez con estraordinario aplauso en el teatro de Variedades la noche del 6 de Diciembre del año de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ,
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Diciembre 1856.

PERSONAS.	ACTORES.
MARÍA.	*D.ª Antonia Scapa.*
JUANA.	*D.ª Asuncion Scapa.*
BEATRIZ.	*D.ª Laura García.*
FERNAN GIL.	*D. Domingo Lopez Ayllon.*
DON LUIS.	*D. Emilio Alvarez.*
ROBERTO.	*D. Antonio Cáceres.*
MAESE PEDRO.	*D. Juan Lopez.*
UN ESTUDIANTE. . . .	*D. Ramon Benedí.*
UN ALCALDE.	*D. Pedro Medina.*
UN TRAGINANTE. . . .	*D. Rafael Rodriguez.*

Ronda, mozos de posada, viajeros y máscaras.

La accion pasa á últimos del reinado de Felipe IV.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

A SU AMIGO

DON LEANDRO TOMÁS DE PASTOR.

DICEN *que los padres, quieren mas al hijo que vale menos: eso me sucede á mí con* La hija de Fernan Gil. *Escrito en los cinco dias mas amargos de mi vida; reñido, aunque jóven, con la salud, y muerta en mí la parte moral, mientras con la una mano me apretaba el corazon devorado por los dolores, con la otra trazaba á grandes rasgos este boceto dramático. La prensa y el público ha juzgado harto favorablemente mi drama; pero yo, crítico de mi obra, conozco sus defectos. Fácil me hubiera sido antes de darla á la imprenta, hacer desaparecer algunos, pero la dejo tal como la escribí, para tener en sus inmensos lunares otros tantos recuerdos de mi sufrimiento. Acepta, pues, querido Leandro, este hijo defectuoso que te dedico, y al ojear sus páginas, conságrame un recuerdo, en cambio de la franca amistad qne para tí guarda el corazon de tu amnigo*

ENRIQUE.

Madrid 16 de Diciembre de 1856.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/lahijadefernangi00pere

ACTO PRIMERO.

Interior de un meson. Al fondo lo mas lejos posible la puerta de entrada. A derecha é izquierda de esta, unos arcos y pasillos que dán á la cocina y demás departamentos de la casa. Un hogar con lumbre en primer término; encima de este la imágen de una Vírgen alumbrada débilmente por una lámpara. Puertas laterales á la derecha con sus números correspondientes. Rompimiento de escalera practicable que dá paso á un corredor que cerca la mitad del teatro de la izquierda. Una ventana practicable en el segundo término de la derecha. Un farol suspendido de una viga alumbra la escena; otro mas pequeño que esté colgado de un ángulo de la escalera alumbra el corredor y los cuartos de su pertenencia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MAESE PEDRO, *con un farol en la mano, habla con un* TRAGINANTE *á un estremo del teatro.* JUANA, *junto al hogar, con un* ESTUDIANTE. *Varios traginantes, mozos y demás gente estará colocada convenientemente por la escena; algunos durmiendo, otros sentados, etc., etc.*

Estudiante. Decid lo que os debo, mi reina, porque el dinero ageno siempre incomoda en la bolsa del buen pagador.

Juana. Mucha prisa tiene vuesarcé!

Estudiante. Porque se me está enfriando la sopa en Alcalá, y pienso dejar este meson y su linda mesonera antes que la aurora dé el primer estornudo. (*Hablan.*)

Traginante. Tomad, y hasta la vuelta. (*Le dá dinero.*)

Pedro. Uno, dos, cuatro, cinco... Corriente.

Traginante. La noche es clara, y la jornada corta. Salud y fortuna, Maese Pedro. (*Vase foro derecha.*)

Estudiante. No se olvide la linda Juana que mi bolsillo está pendiente de sus labios de clavel.

Juana. En el meson del *Corzo* solo se despluma á las aves.

Estudiante. Fama tiene Maese Pedro de buen cristiano.

Juana. Mas no su vino, que es mas moro que *Barbaroja.*

Estudiante. Aficionada sois al discreteo!

Juana. Como que estuve el domingo en el Corral de la Pacheca, y vi la comedia del *Príncipe constante.*

Estudiante. Pues entonces solo me toca saludar á Calderon, (*Se quita la gorra.*) y advertiros que mi bolsa no es tan larga como mi manteo.

Pedro. Ea, basta de charla, señor sopista. (*Al estudiante.*)

Estudiante. Para entendernos nos ha dado Dios la lengua.

Juana. Alargue cuatro reales de plata, y quedamos tan en paz como antes de conocernos.

Estudiante. Tome, y hágale el entierro á mi caudal, pues llegó su última hora. (*Se oye una campana que sirve para avisar á los viajeros la hora de la cena.*)

Pedro. Arriba, muchachos, á cenar.

Juana. A cenar.

Estudiante. Santa palabra. (*La campana cesa. Unos se levantan, y recogen sus mantas. Todos se dirigen al foro, por el cual desaparecen. El mesonero coge un taburete y se sienta junto al hogar, apoyando la frente en las manos. Juana, que se habrá dirigido al foro, ve desde allí á su padre, vuelve, y le dice con dulzura.*)

ESCENA II.

MAESE PEDRO. JUANA.

Juana. No venís, padre mio?

Pedro. No, Juana.

Juana. Estais malo?

Pedro. No, hija mia.

Juana. Pensais engañarme? Hace algun tiempo que os

veo triste, distraido... Oh! si me amáseis, no me ocultaríais nada. (*Llora.*)

Pedro. Pues bien, yo no debo tener secretos para tí. Mañana tal vez me veré precisado á dejar este meson, porque... no puedo pagar lo que debo.

Juana. Y eso os entristece?

Pedro. No te asusta el porvenir que nos espera el dia que nos arrojen de esta casa?

Juana. No, padre mio; vos me habeis dicho muchas veces: «el trabajo engrandece al espíritu.» Pues bien, yo soy jóven, y trabajaré para que no os falte nada. Mañana vendemos nuestro ajuar, y pagamos á los acreedores; y si no basta, ahí están los brocados que me comprásteis el dia de mi santo.

Pedro. Jamás!

Juana. Luego, nos trasladamos á la Corte; allí no se muere nadie de hambre... Ya vereis cómo somos felices! Dios lo ve todo, y no olvida al bueno.

Pedro. Hija mia, tu dulce acento me dá valor.

Juana. Ahora á cenar.

Pedro. Dispénsame por esta noche.

Juana. A que me enfado y me vuelvo holgazana? Cuidado que si no supiera que habeis sido soldado, y de los valientes, en la guerra de Flandes, creería que os falta el valor.

Pedro. Tienes razon; la Corte es grande, y un soldado que tiene en mas que todo su honor, no puede enriquecerse siendo posadero. Quede este tráfico reservado para aquellos que puedan clavar su conciencia á la puerta de su posada.

Juana. Así me gusta! Ya vereis, ya vereis de lo que soy capaz! Ni un príncipe estará mejor que mi viejo.

Pedro. No hay dinero con que comprar una hija como tú!... (*Se levanta y se dirige al foro, á cuyo tiempo entra don Luis y Roberto.*)

ESCENA III.

DICHOS. ROBERTO. DON LUIS.

(*Este se dirige al hogar y se sienta: Roberto queda junto al foro con Maese Pedro y Juana.*)

Roberto. Es este el meson del Corzo?
Pedro. El mismo.
Roberto. Sois el mesonero?
Pedro. Para serviros, hidalgo.
Roberto. Hay un cuarto para dos caballeros?
Pedro. El número tres.
Roberto. Mandad que lo dispongan.
Juana. Voy al punto. (*Vase foro izquierda.*)
Roberto. Oid, buen hombre. Cuánto cuesta en este meson satisfacer tres preguntas?
Pedro. Si son de buena ley, nada; pero si pueden herir mi honor, no tiene vuesamerced dinero para pagarlas.
Roberto. De manga estrecha es el mesonero!
Pedro. Los pobres siempre nos hacemos la ropa tan escasa como nuestra bolsa.
Roberto. Ea, responded: qué cuarto ocupa un hombre de unos cincuenta años, alto, melancólico, que se le conoce por el nombre de Fernan Gil, y que lleva consigo á una jóven hermosa, y una dueña fea?
Pedro. El padre el número cinco, las mujeres el ocho.
Roberto. Están ahora en el meson?
Pedro. Ellas sí, él no.
Roberto. Está bien. Haced que nos preparen la cena.
Pedro. Voy á serviros. (*Vase foro derecha. Durante el anterior diálogo, don Luis habrá estado leyendo una carta.*)

ESCENA IV.

DON LUIS. ROBERTO.

Roberto. No te ha engañado la Celestina.
Luis. Se hallan en el meson?
Roberto. Sí, ella en el número ocho, el padre en el cinco. (*Don Luis se levanta y se dirige al cuarto que tiene el número ocho, que será el primero de la derecha,*

junto al proscenio. Roberto le detiene y le obliga á sentarse.)

Luis. Oh! Entonces...

Roberto. Adónde vas? Quieto. Me avergüenzo de tener por amigo á un hombre que es todo humo, aire.

Luis. Cuando se ama con delirio...

Roberto. Bá, bá, bá! Amor!... palabra hueca!... frase con la cual todos los amantes ocultan lo asqueroso de sus deseos, á manera de una capa que cubre lo raido de un trage.

Luis. Yo te juro...

Roberto. Basta. Ó sigues mis consejos, ó te abandono á tí mismo.

Luis. Qué debo hacer?

Roberto. Tú necesitas de un hombre como yo; eres demasiado inesperto. Léeme otra vez esa carta.

Luis. (*Leyendo.*) «Don Luis: la niña os ama mas que nunca: separada desde su tierna infancia de su padre, al que conoció por primera vez hace un año, no se ha arraigado en su corazon el amor filial.»

Roberto. Eso es una ventaja. Adelante.

Luis. (*Lée.*) «Si la amais como decís... si deseais ser su esposo, aun es tiempo: os esperamos en el meson del Corzo, venid. La desgracia nos estrecha cada vez mas. La niña llora y se desespera viendo su trage de paño burdo; sueña en esa vida de opulencia que vos podeis ofrecerla, y no puede resignarse á vivir en la miseria. El brazalete que le dísteis es su encanto...»

Roberto. La partida es nuestra. Concluye.

Luis. «No comprendo el motivo que obliga á mi señor á vivir en este meson; pero creo que es para emprender un viaje. Venid pronto, y salvadnos. — Beatriz.»

Roberto. Já! já! já! la Celestina de Juan de Mena no haria mas!

Luis. Yo sabré recompensarla.

Roberto. Es muy justo; pero ahora vamos á cuentas. Estás decidido á robar á esa jóven?

Luis. Pero, y su padre?

Roberto. Ese viejo puede esperar un porvenir mas lisonjero para su hija que el que tu amor le ofrece? la robaremos...

Luis. Pero tú olvidas que ese golpe será mortal para

ese noble anciano, y que la conciencia me remordería...

Roberto. La conciencia!... La conciencia no es mas que un cinturon, que se aprieta ó ensancha segun las circunstancias.

Luis. Calla; tus palabras me hacen daño.

Roberto. Oye, Luis: nosotros nos conocemos hace muchos años; tú, como todos los compañeros, envidiabas mi travesura; pero pobres entrambos, no podíamos tender las alas, cuando una noche tu padre se halló como llovido del cielo un condado en mitad de una calle.

Luis. Sí, el rey fué herido por un noble, y mi padre le salvó la vida.

Roberto. El autor de tus dias abandonó este mundo, dejándote dueño de su fortuna y sus blasones. Tú, jóven cándido, necesitabas un protector que te aconsejára, y me buscaste á mí. Nos convinimos, y desde aquel dia mi travesura se trueca por tus doblas: mi deber es servirte. Esta noche será tuya esa jóven.

Luis. Pero, y su padre?

Roberto. Eso corre de mi cuenta: tú le hablas de amor. Yo haré lo demás.

ESCENA V.

DICHOS. MAESE PEDRO.

Pedro. Si vuestras mercedes gustan... la cena aguarda.

Luis. (*A Roberto.*) Yo no comprendo... (*Maese Pedro entra en su cuarto.*)

Roberto. Una botella de buen vino despeja la inteligencia. Vamos. (*Se levantan. En este momento Fernan Gil aparece en el foro.*)

Luis. (El es!) (*Al pasar cerca de Fernan.*)

Roberto. Silencio! (*En voz baja. Vanse foro.*)

ESCENA VI.

FERNAN GIL. MAESE PEDRO *sale luego de uno de los cuartos.*

Fernan. Es preciso abandonar esta tierra!... tierra un dia de ventura y calma, de amor y felicidad, hoy de amargura y desgracia. Si me descubren, la muerte ó un calabozo me esperan. Però, y mi hija! qué será de mi hija sin recursos, y en un pais estrangero? (*Se sienta junto al hogar.*)

Pedro. Salud, hidalgo! (*Se aproxima á Fernan Gil.*)

Fernan. Qué quereis?

Pedro. Entregaros esta carta que para vos me ha dado un caballero. (*Se la dá.*)

Fernan. Está bien.

Pedro. Cuando querais que os sirva la cena...

Fernan. Ya os avisaré: ahora nada quiero, nada necesito. (*Vase Maese Pedro por el foro.*)

ESCENA VII.

FERNAN GIL.

Solo el Baron sabe mi permanencia en esta posada. Veamos. (*Lée.*) «Señor Conde, el rey está cada vez mas indignado. Ha puesto á precio vuestra cabeza. Es preciso que abandoneis á España. Sé que estais escaso de recursos; aceptad lo que os ofrece un amigo que os quiere. Un hombre de confianza os espera esta noche junto á la Cruz que hay á la salida del pueblo. Fiaos de él, y que Dios os proteja.—Diego.» Preciso es partir, pero antes preparemos á esas infelices que reciben sin culpa los golpes de mi infortunio. Doña Beatriz! Soy yo! salid! (*Ha llamado al número ocho.*)

ESCENA VIII.

DICHO. DOÑA BEATRIZ.

Beatriz. Sois vos, señor! Pero, qué teneis? La palidez de vuestro rostro me asusta!

Fernan. Beatriz, la desgracia, que hace cinco años es mi mas fiel amiga, me destierra de mi patria.

Beatriz. No os comprendo.

Fernan. Yo no tengo secretos para tí, que eres la segunda madre de mi hija. Esta noche abandono á España con María; quieres acompañarme?

Beatriz. Me dejais absorta, señor! Tanto os precisa ese viaje?

Fernan. Mi permanancia aquí podrá costarme la vida.

Beatriz. Reparad, señor, que esponer así á María...

Fernan. Nada temas: un hombre de toda confianza nos espera á la salida del pueblo, y pronto arribaremos á una playa estrangera.

Beatriz. Señor, mucho temo que María...

Fernan. No prosigas. Comprendo lo que vas á decirme, y eso me hace mas daño que si un puñal rasgára mi pecho.

Beatriz. (*Ap.*) (Qué crímen será el suyo!... No parto.) Conozco lo doloroso que será para un padre las palabras que voy á deciros, pero así cumplo con mi deber. En el corazon de María se abriga un amor desmedido á la opulencia, al lujo, que la hace soñar de contínuo en un porvenir de oro y grana: la idea de la pobreza le horroriza, y como hace tan poco tiempo que os conoce!... el amor filial no se abriga lo bastante en su pecho para arrostrar esa marcha...

Fernan. Veo que esa niña está muy lejos de recompensar el cariño que para ella guarda el corazon de su padre. Muchas veces he sorprendido en sus ojos las lágrimas, y aquellas lágrimas eran de vergüenza. Eran una reconvencion á mi pobreza, y me hacian daño, mucho daño.

Beatriz. Mandad, señor, qué he de hacer?

Fernan. Llamadla, y procurad convencerla; eso es todo cuanto os pido.

Beatriz. Cumpliré vuestras órdenes. (*Fernan Gil sube la escalera y entra en su cuarto.*)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ.

Cuál será su delito? Beatriz, á tus años se debe tener un poco de egoismo!... Si parto con el señor, los peligros me aguardan; y si por desgracia nos pillan los cuadrilleros!... El lance es sério! Por otra parte la niña... Don Luis la ama, y ella corresponde á esa pasion. Si él acude á la cita... entonces es preciso ser prudente: y bien mirado, si se casan, el padre me lo debe agradecer á mí, sola protectora de sus amores inocentes. (*Se oyen carcajadas foro derecha.*) Esa voz! no hay duda, es la de Roberto. (*Se asoma y vuelve.*) Sí, ellos son: la Providencia los envía; la eleccion no es dudosa. Ahora veremos á María. (*Llama al número ocho.*) María, salid!

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ. MARÍA.

Maria. Ah! eres tú? Y qué quieres?

Beatriz. Hablaros de cosas importantes.

Maria. A pesar de esa importancia que tú quieres suponer, no te perdonaré nunca el haberme interrumpido. Estaba leyendo en aquel libro que me compraste. Era el pasage cuando Ricardo el arquero, le regala á su linda pastora una corona de diamantes y un manto de terciopelo recamado en oro.

Beatriz. (Siempre igual.)

Maria. No es verdad que los diamantes deben ser muy hermosos?

Beatriz. Oh! sobre todo cuando se colocan en una garganta como la vuestra.

Maria. Cuán felices son esas mujeres que pueden ataviarse con esas riquezas... Yo siempre con este sayo de paño burdo...

Beatriz. Quién sabe si algun dia?...

Maria. La pobreza nos estrecha cada vez mas! Mi desgraciado padre en vano procura salir de su triste situacion...

Beatriz. Vuestro padre parte esta noche.
Maria. Y adónde? á Madrid?
Beatriz. No, al estrangero.
Maria. Al estrangero! Y Luis?
Beatriz. Bajad la voz.
Maria. Oh! acaba de una vez.
Beatriz. La presencia de vuestro padre en España le puede ser fatal!
Maria. Me asustas! Aun mas desgracias?
Beatriz. Sí, hija mia... Y para qué ocultároslo? Quién sabe lo que nos está reservado en ese viaje?... el hambre... la miseria...
Maria. Eso es horrible!
Beatriz. Ya sabeis que os he servido de madre, y como tal os quiero: mi deber, mi único deseo es veros feliz. Si tuviérais valor... (*Mirando en torno suyo.*)
Maria. Qué?
Beatriz. Don Luis... tal vez esté cerca de vos.
Maria. Será verdad?
Beatriz. Todo es posible.
Maria. El!... él aquí! (*Con alegría.*)
Beatriz. Y mas amante que nunca. Viene á daros el nombre de esposa. (*Fernan Gil sale de su cuarto y baja la escalera.*)
Maria. Por qué, pues, no presentarse ante mi padre? Si él me ama, si yo le adoro, negarse es una crueldad. No es cierto, Beatriz?
Beatriz. Silencio... Ya hablaremos.

ESCENA XI.

DICHAS. FERNAN GIL.

Fernan. María!
Maria. Padre mio! (*Corriendo hácia él.*)
Fernan. Lloras! Beatriz, qué es esto?
Beatriz. No es nada, señor, absolutamente nada.
Fernan. Quiero saber el motivo de esas lágrimas.
Maria. Esto es un desahogo del corazon... Somos tan desgraciados!...
Fernan. Eres jóven, hija mia; la fé, la esperanza deben embellecer tus pensamientos.

Maria. Hace veinte años que el sol de la desgracia derrama sus rayos sobre mi frente.

Fernan. Hay un Dios que vela por los buenos; confia, espera en él, y disponte á partir esta noche.

Maria. Pero...

Fernan. Esa es tu suerte.

Maria. Adónde vamos, padre?

Fernan. A Flandes.

Maria. Qué será de nosotros?

Fernan. La Providencia es mil veces mas grande que el mundo; ella nos ve, ella velará por nosotros.

Maria. Y habeis pensado las fatigas, las penas de un viajero que cruza una tierra estraña sin recursos?...

Fernan. Jesucristo fué un Dios, y recorrió el mundo con las sandalias del pobre y la túnica del mendigo.

Maria. Considerad que voy á ser una carga pesada para vos.

Fernan. Cuándo una hija fué una carga pesada para un padre? María! empiezo á sospechar que no te agrada acompañarme!

Maria. Oh! no, padre mio! (*Doña Beatriz se sienta junto al hogar.*)

Fernan. María, nadie guarda mejor los secretos de una hija que un padre. Mi único deseo es verte feliz... dichosa!... ábreme tu corazon; la esperanza de que algun dia podré indemnizar tus sufrimientos me dá valor para arrostrarlo todo. Habla, dime por qué sufres, deposita en mi seno tus penas.

Maria. Soy muy desgraciada.

Fernan. No te comprendo.

Maria. Ya que es preciso decíroslo todo, sabed que ese viaje es la tumba de mis esperanzas... porque amo á un hombre.

Fernan. María!

Maria. No sé mentir. Mi deber es obedeceros. Cuando gusteis, partiré. Mi amor vendrá conmigo... aquí, en mi corazon. (*Fernan Gil se acerca á doña Beatriz, la coge del brazo, la conduce al proscenio, y le dice con calma:*)

Fernan. Habeis oido, Beatriz?

Beatriz. Os juro que ignoraba...

Fernan. Cuando os entregué á María, os dije: «Velad;

mientras la suerte me sea ingrata, no quiero que ame á nadie mas que á su padre,» y vos os habeis dormido!

Beatriz. Advertid que yo!...

Fernan. Os dejo con ella. Voy á saber la hora de la partida; poned remedio á vuestra imprudencia: aconsejadla bien... reparad así vuestra falta.

Beatriz. Lo haré, señor, lo haré.

Fernan. María, no quiero conocer al hombre que amas. Mi orgullo, mi honor lo exige así. Disponte á seguirme... (Pobre hija mia!...) (*Vase foro derecha.*)

ESCENA XII.

MARÍA. DOÑA BEATRIZ.

Maria. Separarme de Luis tal vez para siempre!... Esto es cruel!...

Beatriz. Tranquilizaos: quién sabe si mañana, esta noche tal vez le volvereis á ver!

Maria. Te complaces en hacerme concebir esperanzas, y luego es mas amarga la realidad!

Beatriz. Y si hubiera venido siguiéndonos en alas de su amor?

Maria. Será posible!

Beatriz. Calma.

Maria. Estas mujeres, ó tienen el corazon de nieve, ó se gozan en nuestro dolor! Si le has visto, dilo por piedad, y acaba de una vez.

Beatriz. Supongamos que estuviese en el meson.

Maria. Tus suposiciones, tus rodeos me martirizan...

Beatriz. Esperad un instante. (*Vase foro izquierda.*)

ESCENA XIII.

MARÍA.

Él! él aquí!... ah! Eso es una prueba indudable de su amor!... Mi orgullo de mujer goza en este instante!... Estoy satisfecha! Sí, me ama... me ama y viene á buscarme á pesar de este vestido de paño burdo que detesto, y que la desgracia se complace en afianzar

sobre mis hombros... Oh! Si yo pudiera presentarme á sus ojos con esas galas conque las mujeres se adornan para engrandecer su hermosura, le haria volver loco, porque, á qué me ha dado Dios esta frente diáfana, si me niega una diadema?... Maldita miseria! Ah! qué estoy diciendo? Perdon, Dios mio! perdon! estoy loca, estoy loca... (*Cae sobre una silla.*)

ESCENA XIV.

MARÍA, *sentada*. DOÑA BEATRIZ *y* DON LUIS, *foro*.

Beatriz. (*A don Luis.*) Aprovechad la ocasion y sed oportuno.

Luis. No olvideis que espero. (*Doña Beatriz se acerca á María.*)

Maria. Ah! Beatriz! le viste? responde por piedad.

Beatriz. Está en el meson.

Maria. Oh!

Beatriz. Y si vos no os enojais, vendrá á esperar su perdon á vuestros piés.

Maria. Perdonarle! al contrario: creo que le amo mas que nunca. Pero... qué es lo que digo? no, no quiero verle. Si le hallára aquí mi padre!...

Beatriz. Nada receleis. Un amigo de don Luis está velando por nosotros á la puerta del meson.

Maria. Pero, no sé si debo... (*Don Luis se va acercando.*)

Beatriz. Don Luis os ama mas que nunca, y solo desea acompañaros al altar.

Maria. Pero, tú crees... que me ama? (*Don Luis se acerca y le toma una mano.*)

Luis. Que si te amo, María!...

Maria. Ah! retiraos, dejadme.

Luis. Dejaros cuando hace tres dias que os busco por todas partes? cuando ciego de amor corro tras la luz de vuestros ojos!... Si ahora que toco la felicidad, la dicha, me arrojais de vuestro lado, decidme de una vez que no me amais, y acabe tanto sufrimiento.

Maria. Pero olvidais que podia encontraros mi padre?

Luis. Soy noble, rico, y vuestro padre no se opondrá á nuestra union.

Maria. Debo partir esta noche.

Luis. Imposible.

Maria. El deber de hija lo ordena.

Luis. Entonces tomad esta daga, y clavadla en mi pecho.

Maria. Oh, Luis! Luis! (*Llorando.*)

Beatriz. Sois muy cruel con este caballero, cuando el cielo os destina al uno para el otro: vos no debeis...

Luis. María, si me amas, si tus juramentos de amor son ciertos... ven conmigo: antes que nazca el dia serás mi esposa.

Maria. Esperemos á mi padre. Él es bueno, y no se negará á concederos mi mano.

Beatriz. En vano esperais su consentimiento. Pero mañana al veros esposa del conde del Castillo, os abrirá los brazos con doble amor que antes.

Luis. Tiene razon Beatriz: huyamos.

Maria. Nunca! nunca!

Luis. Yo habia soñado un porvenir de dicha, de felicidad!... Qué se hicieron tus promesas, tus juramentos? Mentira, todo mentira!

Maria. Dios mio! Dios mio!

Luis. María, María, una palabra que me tranquilice. Me amas?

Maria. Se me parten las sienes!...

Luis. Responde.

Maria. Y mi padre?...

Beatriz. Tiempo os queda para hacer las paces.

Luis. Estoy esperando tu resolucion: si te niegas, parto, y no me volverás á ver.

Maria. Yo no puedo, no debo, no quiero abandonarlo así... esto le mataria.

Beatriz. Pues sois tan terca, sabedlo todo. Vos sereis un estorbo para vuestro padre, perseguido por la justicia del rey.

Maria. Dios mio! Qué dice esta mujer?

Luis. (Será verdad?)

Beatriz. Si le seguís, su riesgo es mayor; un hombre solo se escapa con mas facilidad que no acompañado de una mujer.

Maria. Entonces peligra su vida?

Beatriz. Sí.

Maria. Ah! pues debo permanecer á su lado.

Luis. Pensad que en la Corte nos será fácil alcanzar su perdon.

Maria. Pero, cuál es su delito?

Beatriz. Ese es un secreto.

Luis. Partamos, y os prometo que mañana Felipe IV os oirá y se apiadará de vuestro padre.

Maria. Ilumina mi razon, Dios mio, porque temo volverme loca. (*Fernan Gil aparece en la ventana y salta á la escena.*)

ESCENA XV.

DICHOS. FERNAN GIL.

Fernan. Qué veo! María! (*Colocándose en medio de la escena.*)

Maria. Ah! padre mio! (*Corre hácia él.*)

Beatriz. Jesus! el señor!

Luis. (Y confiaba en Roberto!)

Fernan. Quién es ese hombre?

Beatriz. Sabed que...

Fernan. Silencio, aun no os toca á vos. Esperad.

Luis. Pues bien, caballero, yo soy el que debe responder, no vuestra hija: el llanto ahoga en su garganta las palabras.

Fernan. Está bien... os escucho.

Luis. Amo á vuestra hija, y quiero llamarla mi esposa.

Fernan. María! es cierto lo que dice este hombre?

Maria. Sí.

Fernan. Decís que quereis llamarla vuestra esposa?

Luis. Esa es mi única ambicion.

Fernan. Mentís, caballero, mentís!

Luis. Reparad...

Fernan. No me retracto; mentís villanamente.

Luis. Me estais insultando!

Maria. Padre!

Beatriz. Señor!

Fernan. Eso se merece el ladron de honras, el mal caballero que paga á un asesino para que se oponga al paso de un padre, mientras que cobardemente, aprovechándose del candor de un ángel, procura arrastrar por el cieno lo que hay de mas santo y mas grande en el mundo. El honor de una mujer!

Luis. Me estais insultando!

Maria. (Dios mio!...)

Fernan. Vive Cristo que al ver tanta insolencia me admira vuestra torpeza. A quién sino á vos se le ocurre poner un maton á la puerta, y dejar el paso libre por esa ventana? Oh! con otro hombre el triunfo era completo. Eso solo os hubiera costado algunas doblas mas, y bien merecia ese pequeño sacrificio el placer que siente un alma tan baja como la vuestra cuando arrastra las canas de un anciano.

Luis. Basta! basta!

Fernan. Y quién eres tú para imponerme silencio, reptil inmundo? La Providencia me envió para aplastar tu asquerosa frente.

Luis. Solo de tu padre puedo oir esas palabras sin arrancarle la lengua.

Fernan. He ahí cómo comprende el honor esta gente. Humillan á un anciano, y cuando no tienen palabras conque encubrir su infamia, le perdonan la vida... Insensato! El viejo tiene aun bastante fuerte el brazo para arrancarte el corazon, pero su espada se deshonraria al cruzarse con la tuya.

Luis. María, haced que vuestro padre no repita esas palabras, porque lo olvidaré todo.

Maria. Perdon para él! Perdon para mí, padre mio...

Fernan. (*La coge de un brazo.*) Señora, es ese el modo de pagar mi cariño? Qué es esto? (*Repara en el brazalete.*) Diamantes! Sois un miserable. Tomad esa joya, y con ella podeis pagar á esa vieja infame que tan torpemente abusó de mi confianza. La hija de Fernan Gil no se vende por una joya.

Luis. Basta de insultos! Yo, el conde del Castillo, os pido por esposa á vuestra hija.

Fernan. Vos!... el conde del Castillo!

Luis. Qué os estraña?

Fernan. Pues yo... (Insensato! Qué ibas á hacer?)

Luis. Responded.

Fernan. Fernan Gil no quiere, no debe dar su hija al conde del Castillo.

Maria. Ah! (*Cubriéndose la cara.*)

Luis. No os comprendo.

Fernan. Tanto mejor para vos. Y á tí, vieja hipócrita,

te perdono... Dios te tome en cuenta, el mal que has hecho á mi hija. Vamos, María.

María. Adios para siempre. (*Fernan Gil coge á María; suben la escalera, entrando los dos en un cuarto, y cierra. Don Luis y doña Beatriz quedan asombrados é inmóviles un breve tiempo.*)

ESCENA XVI.

DOÑA BEATRIZ. DON LUIS.

Beatriz. Todo se ha perdido.

Luis. Maldita casualidad!

Beatriz. Qué hacemos?

Luis. Es preciso llamar á Roberto. Él pensará por todos.

Beatriz. Corro en su busca. (*Vase foro.*)

ESCENA XVII.

DON LUIS.

He sido un cobarde! Me he dejado insultar, pero aunque me cueste la vida, esa mujer será mia. La sangre se amontona en mi corazon al recordar sus palabras. Veremos quién puede mas.

ESCENA XVIII.

DICHO. ROBERTO. DOÑA BEATRIZ, *por el foro.*

Roberto. Conque el zorro viejo asaltó la madriguera por la ventana?

Luis. Roberto, ese hombre se niega á concederme la mano de su hija, y mi orgullo está empeñado en poseerla... piensa, discurre y pide...

Roberto. Tú la quieres y él la niega?... Entonces la tomas, y asunto concluido.

Luis. Mas cómo?

Roberto. Robándosela.

Luis. No encuentro el modo.

Roberto. Eres un niño. A no ser por mis buenos consejos... á pesar de tus doblas acabarias por pegarte un tiro.

Luis. El medio... cuál es el medio?

Roberto. Qué importa el medio, si se consigue el objeto?

Luis. Advierte que quiero respetar la vida de ese anciano.

Roberto. Vive Cristo! Cuándo le ha faltado á Roberto un medio para librarse de un padre? Si matára á ese viejo, mi reputacion estaba perdida. Buena mujer, oid dos palabras. Vos hace años que servís á ese viejo, que nadie conoce... no podríais insinuarme algo de su vida privada?

Beatriz. Juradme respetar su existencia, y os revelo cuanto sé.

Roberto. Lo juro.

Beatriz. Esta noche debe abandonar á España, pues se ve perseguido por la justicia del rey. Un hombre le espera á la salida del pueblo para proteger su fuga.

Roberto. Basta y sobra con eso. Luis tiene confianza en su daga?

Luis. Para asesinar? Jamás.

Roberto. Já! já! la sangre me asusta. Oye, yo buscaré el modo de que Fernan Gil abandone la posada: cuando se halle fuera, vosotros rompeis la cerradura de su cuarto con la daga, y para que no le encontreis en el camino, saltais los tres por la ventana de nuestro cuarto, que dá al campo y tiene poca elevacion.

Luis. Pero ella puede negarse á seguirme.

Roberto. De qué sirve el amor que te profesa?

Luis. María jamás abandonará á su padre.

Roberto. Luis, eres un amante platónico, y te advierto que en estos casos las figuraciones no sirven, los hechos son mejor. Ahora dejadme, y estad con el oido alerta.

Luis. No te perderé de vista. Venid, señora. (*Entran en el cuarto número tres.*)

ESCENA XIX.

ROBERTO.

Pensemos... A ese hombre le persigue la justicia... luego es criminal. Si aviso á los cuadrilleros, le cogen en su madriguera, y nos libramos de él. Pero podian

llevarse á su hija consigo, y de ese modo nada se alcanzaba... Dice que un hombre le espera para proteger su fuga á la salida del pueblo. Aah! pues señor, dí con el quid... Sí, eso es...—Mesonero! Mesonero!...

ESCENA XX.

ROBERTO. MAESE PEDRO.

Pedro. Qué se os ofrece?
Roberto. Decid á Fernan Gil, número cinco, que un caballero desea hablarle.
Pedro. Reparad que la hora es avanzada...
Roberto. Obedezca y calle.
Pedro. Decidme el nombre...
Roberto. Un... caballero, no tengo otro.
Pedro. Voy á serviros. (*Sube, llama á la puerta, sale Fernan Gil y le señala á Roberto. Bajan los dos, y el mesonero se marcha por el fondo. Fernan Gil se acerca á Roberto.*)

ESCENA XXI.

ROBERTO. FERNAN GIL.

Fernan. Sois vos el que desea hablarme?
Roberto. Antes de satisfacer vuestra pregunta, decidme si os llamais Fernan Gil, y si os espera un hombre á la salida del pueblo.
Fernan. Yo soy el que buscais.
Roberto. Entonces seguidme.
Fernan. Para eso es preciso que me deis una seguridad.
Roberto. Si fuera yo un enemigo vuestro, en avisando al alcalde del lugar estaba todo terminado, y la justicia me daria las gracias. (*Movimiento de Fernan Gil.*) No temais, mi único deseo es salvaros del riesgo que correis.
Fernan. Que Dios os lo premie; pero si fuese lo contrario, que Dios os lo tome en cuenta.
Roberto. Amen.
Fernan. Estoy á vuestras órdenes.
Roberto. (*Alzando la voz.*) Partamos. (*Vanse foro derecha.*)

ESCENA XXII.

El teatro permanece un momento solo. Luego salen DON LUIS *y* DOÑA BEATRIZ. *Esta se dirige á la puerta del foro y observa.*

Beatriz. Ya salieron.
Luis. Aprovechemos el tiempo.
Beatriz. Subid. (*Don Luis sube, y al llegar al cuarto de María saca la daga y hace saltar la cerradura.*)
Luis. María! María!
Maria. Vos!... vos otra vez!...
Luis. Sí, amor mio, mi deber me exige salvarte.
Maria. Marchaos, don Luis.
Beatriz. Bajad, señora, bajad. (*Bajan todos á la escena.*)
Luis. Vuestro padre en este momento se halla tal vez en poder de la justicia.
Maria. Corramos, corramos á salvarle.
Beatriz. Adónde vais?
Maria. A morir á su lado.
Luis. Nada lograreis. Lo mas seguro es abandonar este meson, y mañana...
Maria. Qué hacer, Dios mio!
Luis. Seguidme; dentro de poco sereis mi esposa, y el rey oirá vuestra súplica.
Maria. Tened piedad de mí.
Beatriz. Pensad que solo de ese modo salvais á vuestro padre.
Luis. Creedme, María. Por qué os complaceis en desgarrar mi corazon con esas dudas que no merezco?
Maria. Pues bien, sea, os sigo... pero juradme ante esa Vírgen cumplir vuestra palabra.
Luis. Juro ante la imágen (*Quitándose la gorra.*) inmaculada de esa Vírgen ser tu esposo, y si no cumpliere mi juramento, la maldicion de Dios caiga sobre mí. (*Llaman fuertemente á la puerta del meson.*)
Maria. Ah!... (*Todos se quedan inmóviles mirándose con temor.*)
Beatriz. Serán los cuadrilleros?
Luis. Tal vez vienen en tu busca; no perdamos el tiempo. (*Llaman otra vez.*)

Maria. Vírgen santa, tú ves mi inocencia, tú me protegerás.

Luis. Vamos, por Dios, señora.

Maria. Sí, vamos.

Luis. (Oh!... vencí!...) (*Entran todos en el cuarto de don Luis.*)

ESCENA XXIII.

FERNAN GIL *y* MAESE PEDRO, *por el foro de la derecha.*

Pedro. Ignoraba que estuviéseis fuera del meson.

Fernan. Decidme, conoceis por ventura al hombre que me llamó hace poco?

Pedro. Nunca le he visto. (*Se sienta al hogar.*)

Fernan. Es preciso adelantar la partida. Las palabras de ese hombre me hacen recelar... luego su desaparicion... si fuera un espía... (*Suenan las doce en un reloj de torre.*) Las doce! María me estará esperando... Pobre niña!... Esponerla á un viaje tan largo!... Dios lo quiere. (*Sube, saca la llave, repara en la cerradura y lanza un grito. Entra en el cuarto gritando.*) Ah!... qué es esto!... María!... María!... (*Sale y empieza á bajar la escalera.*) Me la han robado!... Me la han robado!... Miserables!... (*Llega á la mitad de la escalera, y al oir un golpe en la puerta de la calle se queda inmóvil. Maese Pedro se levanta, y se dirige hácia la puerta. Fernan Gil baja precipitadamente el resto de la escalera, y coge por el brazo al mesonero y le lleva casi á rastras hasta el proscenio.*) Posadero!... posadero!... responded. Adónde está María?

Pedro. Dejad, buen hombre, no veis que llaman?

Fernan. No, no os dejo sin que me digais en dónde está mi hija.

Pedro. Vuestra hija! (*Llaman.*)

Fernan. Sí, me la han robado... estaba allí, allí... en mi cuarto... Oh! vive Cristo que si no me lo revelas todo te mato como á un perro.

Pedro. Comprendo vuestro dolor. Soy padre, y sé cómo se ama á una hija, pero por desgracia sé menos que vos.

Fernan. Oh! esto es horrible!

Pedro. Calmaos, señor, yo iré con vos á buscarla, y por fin la encontraremos. Los dos somos padres, mi deber es ayudaros.

Fernan. Oh! sí, la encontraremos, pero entre tanto si me hubiesen herido en mitad del corazon, no me hubieran hecho tanto daño. (*No cesan de llamar.*)

ESCENA XXIV.

DICHOS. JUANA, *por el foro.*

Juana. Padre, la justicia busca á un huésped llamado Fernan Gil.

Pedro. Corro á ver...

Fernan. Deteneos; ese hombre soy yo.

Juana. Vos!...

Fernan. Conoceis lo que sufro; si me entregais á la justicia no puedo buscar á mi hija... Soy vuestro.

Pedro. Mi deber es salvaros... poneos este tabardo y calaos la capucha... Ahora, esperadme en este cuarto. (*Entra en el último del foro.*)

Fernan. Dios os lo premie.

Pedro. Juana, abre á la justicia. (*Vase Juana por el foro.*) Ahora... Providencia, en tí confío.

ESCENA XXV.

MAESE PEDRO. JUANA. ALCALDE. DOS EMBOZADOS.

Alcalde. Mesonero, cuál es el cuarto que ocupa un viajero llamado Fernan Gil?

Pedro. El número uno. (*Señala el primero del proscenio. La ronda entra en el primero. Maese Pedro cierra la puerta, y corre al cuarto en donde está Fernan Gil.*)

Alcalde. Muchachos, ya sabeis que es un reo de lesamagestad... Si procura escaparse, fuego. (*Entran.*)

Pedro. Jesus!... Y he jurado salvarle!... sí, mi palabra es primero... Perdone el rey. Salid y partamos.

Fernan. Me acompañais?

Pedro. Este es mi deber.
Fernan. Dios os lo premie. (*Se dirigen al foro.*)
Pedro. Por ahí no, por aquí.
Juana. Protégelos, Vírgen mia. (*Saltan los dos por la ventana, á cuyo tiempo suena un tiro de un mosquete. Juana se arrodilla delante de la Vírgen, lanzando un grito.*) Jesus!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada al gusto del siglo XVII, en casa de don Luis. Dos puertas al foro: la de la derecha figura ser la de entrada, y la de la izquierda dá paso al salon del baile. Dos laterales. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El teatro permanece solo un momento: se oye á lo lejos una música en el salon inmediato. Sale DON LUIS *por la puerta derecha del foro, se dirige á la mesa, agita una campanilla y se deja caer sobre un sofá. Un criado aparece en el foro.*

Luis. Buscad al caballero Roberto, y decidle que le aguardo. (*Vase el criado.*) Roberto hallará modo de afianzar mi fortuna. Un puñado de doblas es el mejor estímulo para que piense algo de provecho. Y María? María... vamos, soy un necio. No sé por qué se ocupa mi imaginacion... Acabemos de una vez.

ESCENA II.

LUIS. ROBERTO, *por el foro de la izquierda.*

Roberto. Já! já! já! qué diablos tienes? pareces un sáuce melancólico.

Luis. Deja las burlas, Roberto.

Roberto. Pobre mozo! la vida es corta y el mundo demasiado ruin para que merezca el honor de que nos

enfademos. Tú estás triste y yo contento á pesar de haber perdido hasta el último florin. Eso mismo le decia hace poco á un forastero que trae revuelto todo el salon. Oh! ese sí que es un hombre que sabe comprender la vida.

Luis. Quién le ha presentado en el baile?

Roberto. Don Diego de Zúniga, baron de la Ria.

Luis. Se cuenta que es hombre conocedor de nuestra sociedad.

Roberto. Así es. Pero ¿puede saberse el motivo de esta llamada?

Luis. Necesito de toda tu travesura, de todo tu ingenio, para salir de la posicion en que me hallo.

Roberto. Sepamos antes quién es ella.

Luis. Mi renta disminuye, y dentro de poco no podré pagarte tus servicios. Piensa, pues, algo que me saque de este apuro.

Roberto. Supongamos que de un solo golpe doblas tu renta... cuánto me valdria esa fuerza de ingenio?

Luis. Pide.

Roberto. Ya te he dicho que he perdido el último florin, así es que me hallo dispuesto á pensar. El hombre pobre es siempre ingenioso.

Luis. Piensa y pide.

Roberto. Primero el precio, despues el medio.

Luis. Desconfias de mí?

Roberto. Lo mismo podria decirte yo, y sin embargo tienes hartas pruebas de que concluyo mejor que prometo, mis asuntos. Recuerda sino la aventura del meson, que al mismo tiempo que te libraba de un padre, borraba de la lista de los vivos al que fué un dia dueño del condado que posees... Y ahora que el rey ha muerto, y le perdona, qué sería de tí si viviese.

Luis. Silencio: obraste mal aquella noche.

Roberto. Pero recayó el bien en tí.

Luis. Vamos al asunto.

Roberto. Vamos. Supongamos que doblas tu fortuna!... en ese caso... mil doblas te pareceria mucho?

Luis. No tengo esa cantidad.

Roberto. Dá ciento á buena cuenta y empiezo á trabajar.

Luis. Concedido: habla.

Roberto. La marquesa del Pino es rica y te ama.

Luis. Adónde vas á parar?

Roberto. A casarla contigo.

Luis. Y María?

Roberto. Tú lo has dicho. María es un inconveniente, y mientras no la despidas de tu casa...

Luis. Despedir á María!

Roberto. Tú eres rico, jóven; María y su hija pueden vivir tranquilamente en algun pueblo...

Luis. No tengo valor para arrojarla de mi lado. Ella me ama cada dia mas, y yo...

Roberto. Y tú ya no la amas. Un año ha bastado para hastiarte de esa mujer.

Luis. Te juro...

Roberto. Seamos francos y dejémonos á un lado los juramentos. Tú no la amas, y sino díganlo las visitas inútiles que haces á la plazuela de Santiago á casa de una florista llamada Juana.

Luis. Tú sabes...

Roberto. Sí, hombre; entre nosotros la hipocresía es un crímen.

Luis. Pero aun suponiendo que no la ame, cómo separarme de ella?

Roberto. Muy fácilmente.

Luis. Esplícate.

Roberto. En el salon está la marquesa; le pides su mano... como es natural te hablará de María; entonces tú, deshaciéndote en promesas de amor, la dices que solo la compasion que te inspira es el motivo que te obliga á vivir con una mujer que no amas, que no has amado nunca. Mientras tú ganas terreno en el corazon de la marquesa, yo derramo la ponzoña de los celos en el pecho de María. Me quejo de tu ingratitud, la digo que antes que tú ya la amaba yo: me declaro, caigo á sus piés, cogiéndola una mano, y al mismo tiempo que imprimo mis labios en ella, apareces tú con algunos amigos... la despides quejándote de su infidelidad, me desafías, y la comedia tiene un desenlace favorable... digo, me parece que todo esto es sencillo.

Luis. Eso es una infamia, y yo no tengo valor...

Roberto. La sociedad te creerá con sobrada razon para obrar de ese modo.

Luis. Y cuando me dé cuenta á mí mismo de mis acciones... el remordimiento...

Roberto. El remordimiento es un fantasma que solo existe en la imaginacion de los cobardes. Además, contra esa necia enfermedad hay un específico seguro, el juego, la orgía...

Luis. Tienes razon, es preciso jugar el todo por el todo: seguiré tu consejo. (*María aparece en el foro de la izquierda y se detiene. Los dos la ven. Roberto le dice á Luis en voz baja.*)

ESCENA III.

DICHOS. MARÍA.

Roberto. (Serenidad.)

Maria. (Ah! por fin le encuentro.) (*Entra.*) Luis, necesito hablarte.

Luis. Ahora me es completamente imposible. Me esperan, señora.

Maria. Os negais á sacrificarme unos minutos?

Luis. Está pasando la hora de la cita...

Maria. Decid mas bien, caballero, que esquivais mi presencia, que os aburre la pobre María, y de ese modo habremos concluido de una vez.

Luis. Podeis tomarlo como querais, sois dueña de formar todos los pareceres que os convengan.

Maria. Pronto olvidais vuestras promesas.

Luis. Acabemos.

Maria. Sí, teneis razon; hace ya algun tiempo me hubiera estrañado vuestra frialdad... hoy la creo oportuna, indispensable.

Luis. Eso os probará que el tiempo no es siempre el mismo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROBERTO. MARÍA.

Maria. (Oh! no me ama!) (*Cae en el sofá.*)

Roberto. (Magnífico, ahora me toca á mí.) María, vuestro dolor me llega al alma. Ese hombre os está engañando.

Maria. Qué decís, caballero!

Roberto. Dios sin duda hace que tenga en mucho la amistad de Luis, cuando no os revelo la causa de su indiferencia.

Maria. Ah! vos sabeis?...

Roberto. Sí, pero el deber hace que selle los labios.

Maria. Por lo que mas ameis en el mundo, respondedme á esta pregunta; ama á otra?

Roberto. No puedo, no debo hablar, señora.

Maria. Una madre os lo suplica, caballero. Hablad, hablad, no me oculteis nada, lo oís? Aun calla!... Oh! este hombre despues que con su duda ha hecho trizas mi corazon, es capaz de permanecer mudo, frio, como una roca, cuando está viendo que me ahogan los celos, que me devora la pena!

Roberto. Pues bien, sea; habeis vencido. Harto hago con sofocar en mi pecho una pasion que me acompañará mientras exista. Sí, María, la que os roba el cariño de Luis es...

Maria. Acabad, acabad... me estais matando!

Roberto. Es una florista que vive en la plazuela de Santiago, número 6.

Maria. Su nombre! su nombre!

Roberto. Juana. (Es negocio hecho.) (*Vase.*)

ESCENA V.

MARÍA *corre á la mesa, escribe precipitadamente sobre un papel, toca la campanilla, y sale un criado.*

Plazuela de Santiago, número 6. Juana, florista. (*Sale el criado.*) Decid á doña Beatriz que venga al momento. (*Vase el criado.*) Oh! mi corazon no admite rivales! Veré á esa mujer, sí, quiero saber cuál de las dos vale mas, cuál de las dos gana el corazon de Luis... Pero qué digo!... No, es mio, mio solo... de lo contrario se lo arrancaria para arrojárselo á la cara á mi rival! Oh! Dios mio! qué estoy diciendo! Y mi hija? No, no, lucharé por ella, por ella... ese es mi deber; soy madre y Dios me ayudará. (*Cae en el sofá.*)

ESCENA VI.

MARÍA. DOÑA BEATRIZ.

Beatriz. Señora...

Maria. Ah! eres tú! No es verdad que Luis es un infame?

Beatriz. Señora, esa pregunta...

Maria. Te admira? Lo sé, tú no puedes comprender lo que me sucede.

Beatriz. Hartas veces me remuerde la conciencia cuando pienso que yo...

Maria. Pobre mujer! Pensabas que se iba á llamar mi esposo, y anhelando un porvenir para tu pobre María, me aconsejaste la fuga... y el villano, no solo ha faltado á su promesa, sino que, hastiado de mi amor, ama á otra; mira. (*Le enseña un papel.*)

Beatriz. Qué significa ese papel?

Maria. Las señas, el nombre de mi rival.

Beatriz. Pues bien, señora, abandonemos esta casa... Dios velará por nosotras.

Maria. Retroceder! y mi hija? Qué porvenir le espera á ese ángel? No, yo debo luchar, arrancarle la máscara... Ah! es preciso que corras en busca de esa mujer; toma un coche, dila que necesito una corona de flores... corre... corre!

Beatriz. Considerad que á esta hora...

Maria. Qué importa la hora! Ella vive de su trabajo... ofrécela tres, cuatro, cien doblas por sus flores, y tráela contigo, quiero verla, lo oyes? quiero verla... Si vuelves sin ella te arrojo de mi casa.

Beatriz. Por Dios, señora, calmaos: los celos os trastornan.

Maria. Celos! celos! já! já! já! no, no soy la mujer celosa, soy la madre ofendida... Le odio, le aborrezco, le mal... Oh! no sé lo que me digo... estoy blasfemando!

Beatriz. Vamos, vamos, mañana la vereis... tal vez no será cierto.

Maria. Corre en busca de esa mujer.

Beatriz. Pero...

Maria. Lo exijo, lo mando.

Beatriz. Un escándalo puede dar motivo á un rompimiento...

Maria. Si tal sucede, Dios será justo, y la tosca lana vendrá á reemplazar á la seda.

Beatriz. Estais resuelta?

Maria. Que si estoy resuelta? Dios mio! esta mujer no tiene corazon, ó no ha amado nunca. Si me roba el amor de Luis, qué me queda en el mundo? Corre, corre... no pierdas el tiempo... Aun estás ahí? Vete, vete, vete... que no te vea yo si no me traes á esa mujer. (*Vase doña Beatriz.*) Las dos juntas, veremos cuál puede mas. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

Salen cogidos del brazo DON LUIS *y* FERNAN GIL: *este viene disfrazado y con el antifaz puesto.*

Luis. Conque te niegas?

Fernan. Sí, pero te prometo no abandonar esta casa sin enseñarte mi rostro.

Luis. Sin tí creo que mis concurrentes se hubieran muerto de fastidio... solo á mí me has mirado con indiferencia... Máscara, creo que tu brazo tiembla.

Fernan. Es mi brazo, ó tu corazon que late con mas violencia que de costumbre?

Luis. Sea como gustes... no quiero contrariarte; pero en cambio dime algo de mi vida privada... Dicen que sabes la historia de todos los caballeros de la corte, y eso escita mi curiosidad.

Fernan. (Apenas puedo contenerme... el contacto de este hombre me quema el corazon.)

Luis. Nada me respondes?

Fernan. Y de qué quieres que te hable? de lo pasado, del presente ó del porvenir?

Luis. Me asustas, máscara.

Fernan. Tanto peor para tí, pues si antes de empezar te asusto, me veré precisado á matarte cuando concluya.

Luis. Desenlace trágico... mejor. Empieza cuando gustes.

Fernan. Empiezo por decirte que no serás nunca el esposo de la marquesa del Pino.

Luis. Es un parecer tuyo?

Fernan. Es una verdad.

Luis. Lógica ante todo, máscara. Sepamos las razones.

Fernan. La primera, porque un hombre casado no puede contraer segundas nupcias.

Luis. Conque tú me crees casado... no me conoces.

Fernan. Mañana serás el esposo de María, y un segundo despues os separareis para siempre.

Luis. Y no hallarias algun recurso para evitar un matrimonio que me repugna?

Fernan. (Miserable!... Dios mio, dadme valor para oir á este hombre!)

Luis. Qué tienes? Creía que me ibas á salvar, y veo que te quedas mudo como una estátua.

Fernan. Voy, pues, á decirte los caminos que te quedan para librarte de María. La fuga ó el suicidio.

Luis. Líbreme Dios de entrambos.

Fernan. Estás libre.

Luis. Esto mas!

Fernan. Sí, del uno porque te faltan los recursos, del otro por miedo.

Luis. Caballero!...

Fernan. Calma, y no olvideis que estoy en vuestra casa y que me obligásteis á hablar.

Luis. Pero no os he dado derecho para valuar mi valor y mi fortuna.

Fernan. Qué quereis! yo me lo tomo.

Luis. Estais hablando al conde del Castillo.

Fernan. Jóven, usad todo lo que podais esta noche vuestro condado, porque dentro de poco solo sereis Luis Rubio.

Luis. Oh! yo sabré quién sois. (*Va á quitarle el antifaz.*)

Fernan. Quieto, ú os rompo el brazo.

Luis. (Oh! rabia!)

Fernan. Os he ofrecido enseñaros mi rostro... esperad, y revestíos de todo vuestro valor, porque temo no os asuste demasiado el ver mi cara... (*Movimiento de don Luis.*) soy tan feo!

Luis. (Su acento me estremece... será verdad cuanto me ha dicho?)

Fernan. (Para estar cerca de este hombre sin matarle se necesita mas valor del que creía.)

Luis. (Soy un imbécil! disimulemos.) No es posible enfadarse contigo. Eres lo mas divertido... já! já!

Fernan. Tu conciencia está diciendo lo contrario.

Luis. (Pongamos término á esta escena.) Te abandono.

Fernan. Ah! Tienes miedo?

Luis. Puedes probarlo cuando así te plazca.

Fernan. No olvides esa promesa.

Luis. Siempre me halla el que me busca.

Fernan. Vendré á buscarte.

Luis. Entonces, adios, y hasta que quieras.

Fernan. Adios; pronto nos veremos.

Luis. (Habré de matar á este hombre?... Veamos á Roberto.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FERNAN GIL.

Oh! este antifaz me sofoca; necesito aire!... aire!... mi pecho respiraba mejor en mi oscuro calabozo de Segovia que bajo esta atmósfera!... Cuando pienso que despues de dos años de sufrimientos voy á levantarme ante ellos como un fantasma vengador... Por qué te agitas, corazon imbécil? Quién ha enjugado tus lágrimas? nadie. Las sombras de la noche eterna en que vivias las ocultaban á los hombres... las espesas paredes de un calabozo ahogaban tu gemido! A pesar de todo, cuando pienso que estoy cerca de ella, que voy á verla... Oh, María! María! el amor que brotó por tí en mi corazon aun no se ha desvanecido. Sí, yo te amo, te amo mas que nunca... te necesito como el aire que respiro... tú no tienes mas crímen que tu inocencia, y un padre... un padre... Dios mio! siempre perdona. (*Se sienta.*)

ESCENA IX.

FERNAN GIL. MARÍA.

(*Fernan Gil sentado. María sale por la puerta de la derecha y se dirige al foro. Fernan Gil la ve y se pone el antifaz.*)

Fernan. (Oh! es ella! es ella! qué hermosa!)
Maria. (Que venga, sí. Estoy segura que Luis se avergonzará del amor de esa mujer. Ah! aquí un hombre!)
Fernan. (La emocion va á venderme.) (*Se levanta.*) Dispensadme, señora, si me he refugiado en esta sala huyendo del estruendo del baile. (*María figura no reparar en Fernan Gil, y dice sin atenderle:*)
Maria. (Sí, quiero alegrarme, aturdirme, quiero que mi rostro esté radiante de felicidad.)
Fernan. (No me oye; yo necesito saber si se ha acordado de mí... si ha derramado una lágrima por la memoria de su padre.) Señora...
Maria. (No hay duda... este es el máscara que llama la atencion de los concurrentes. Necesito distraerme, Dios me le envía.) Os cansa el baile, ó es que se ha agotado el caudal de vuestros cuentos?
Fernan. Nada de eso, señora; os iba buscando, porque vuestro nombre me recuerda una historia que por cierto no tiene nada de divertida.
Maria. Mi nombre!
Fernan. No os llamais María?
Maria. Sí por cierto.
Fernan. El mismo, pues, llevaba la hija de un desgraciado que conocí en las cárceles de Segovia.
Maria. Y es un secreto el nombre de ese infeliz?
Fernan. No, por vida mia. Se llamaba Fernan Gil.
Maria. Fernan Gil! Dios mio!
Fernan. Qué teneis, señora? Os poneis mala? en ese caso llamaré á vuestros criados.
Maria. No, no, caballero, no es nada. (Ese acento...) Oh! quién sois? responded, responded.
Fernan. Un pobre diablo. (Ni una palabra para su padre.)

Maria. Si vuestro nombre debe ser un secreto para mí, séalo en buen hora; pero contadme al menos la historia de Fernan Gil... no podeis imaginaros lo que me interesa la relacion de un desgraciado.

Fernan. El lo fué mucho, señora. Cuántas veces ha derramado un torrente de lágrimas sobre mi seno! El recuerdo de su hija no le abandonó nunca; la amaba tanto!

Maria. Por la Vírgen María, caballero, contadme su historia.

Fernan. Oid, pues: Fernan Gil era casado en secreto con una mujer hermosa, de rostro como un ángel, pero con un corazon ambicioso y un alma corrompida. María fué el fruto de este matrimonio.

Maria. Proseguid.

Fernan. El padre, temiendo que la hija adquiriese los defectos de la madre, confió la niña á una mujer. El rey encargó por aquel tiempo una mision á Fernan Gil, y un año despues, henchido el corazon de amor, regresaba á la Corte para arrojarse en brazos de su mujer. Todo era un sueño! El monarca le habia arrebatado el corazon de su esposa... loco, ciego por los celos, desafió á su señor... la espada del marido ultrajado pasó el brazo del rey, y este, aconsejado por la mujer adúltera...

Maria. (Qué vergüenza!... Era mi madre!)

Fernan. Aconsejado por la mujer adúltera... pregonó la cabeza del esposo, y dió sus bienes al hombre que le habia socorrido.

Maria. Qué imprudencia!

Fernan. Desde aquel dia, Fernan Gil vagó como un criminal. Cuántas veces arriesgó su cabeza por el placer de ver á su hija!

Maria. (Y yo le abandoné!... No me atrevo á mirar á ese hombre!)

Fernan. Precisado á fugarse de España, se trasladó con su hija y una dueña á un meson. Todo estaba dispuesto; pero la hija tenia la sangre de su madre, y trocando su honor por un vestido de seda, huyó con un jóven sin corazon, que la abandonaria al poco tiempo, legándole en pago de su amor, su vergüenza, su deshonra...

Maria. (Oh! qué humillacion! Toda la cólera del cielo se desploma sobre mi cabeza... creo que mi corazon va á romperse.)

Fernan. Así es que mientras el padre lloraba en un oscuro calabozo por su hija, la hija, cegada por la opulencia, corria hácia un abismo, del cual solo se sale para entrar en la eternidad.

Maria. (Será él? Será él? Oh! no, no... á serlo, ó me hubiera abrazado, ó me hubiera rasgado el pecho con su daga.)

Fernan. (Acabemos... necesito quitarme este antifaz... las lágrimas me están quemando las megillas.)

Maria. Decidme, caballero, decidme... Y ese padre, tan cruelmente abandonado por su hija, qué se ha hecho?

Fernan. Murió, señora.

Maria. (Ah! perdon, perdon, padre mio!)

Fernan. (No puedo mas.) María!

Maria. Oh! quién sois? quién sois?

Fernan. (Imbécil.)

Maria. Acabad.

Fernan. (Aun no está bastante castigada.)

Maria. Vuestro silencio es mil veces peor que la muerte.

Fernan. Es cuanto debo, cuanto puedo deciros. Si algun dia hallais ante vuestro paso á la hija de Fernan Gil atormentada por los punzadores gritos de su conciencia, decidla que el pobre viejo la bendijo al morir.

Maria. (Dios es justo! Ni me concede el placer de decir... ese era mi padre.) (*Cae sobre el sofá.*)

Fernan. (Mi voz se ahoga en la garganta, no puedo, no puedo mas. (*Vase foro.*)

ESCENA X.

MARÍA.

Yo habia olvidado á mi padre, y Dios me envía á ese hombre, cuyas palabras han desgarrado mi corazon. Yo le abandoné por seguir á un hombre que me habia jurado amor eterno, y ahora su indiferencia es el castigo de mi crímen. Maldita ambicion, que me arrastró al abismo! Eternamente la voz de la conciencia acibarará mi vida. Pobre ciega... sufre, padece, calla! El

rayo de la justicia celeste empieza á descender sobre tí.

ESCENA XI.

MARÍA. DOÑA BEATRIZ, *foro derecha.*

Beatriz. Señora...
Maria. Quién sois? qué quereis?
Beatriz. Soy yo... pero estais pálida como la cera, los ojos empañados por las lágrimas.
Maria. Ay, Beatriz, soy muy desgraciada!
Beatriz. Señora, cuando pienso que yo os aconsejé... pero quién pensára que don Luis...
Maria. Basta. (*Con orgullo.*)
Beatriz. Esa jóven está esperando.
Maria. Ah! me habia olvidado de esa mujer. Dime, es hermosa?
Beatriz. Su angelical semblante parece el de una vírgen.
Maria. Conque es tan bella?
Beatriz. Como un ángel.
Maria. Yo estaré pálida, desencajada, fea tal vez?
Beatriz. No, pero hay cierta agitacion en vuestro semblante...
Maria. (Mi padre ha muerto, pero me queda una hija... por ella, pues, debo arrostrarlo todo.) Dile que la espero. (*Vase doña Beatriz.*) Cuando se juega el amor del hombre que se ama, se debe hacer callar al corazon. El inmenso vacío que dejan los celos en un alma enamorada, debe llenarse con las amargas gotas que destila el odio.

ESCENA XII.

MARÍA. DOÑA BEATRIZ *y* JUANA *en el fondo.*

Beatriz. Allí la teneis. Acercaos sin temor.
Juana. Sois vos, señora, la que me concede el honor de llamarme?
Maria. (Oh! qué hermosura, á pesar de ese trage de lana.) Acercaos.
Juana. Me mirais de un modo que me hace daño. Vos padeceis, señora.

Maria. (La inocencia está pintada en sus ojos... no debo desgarrar su corazon.) Beatriz, vete. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MARÍA. JUANA.

Maria. Dicen que las flores que fabricais se llega á dudar si son naturales.

Juana. Señora, aprendí en Italia, y gracias á mi aplicacacion, he logrado perfeccionar mi trabajo.

Maria. Habeis estado en Italia?

Juana. Seis años, señora.

Maria. Y si yo os hiciera una pregunta, seríais franca conmigo?

Juana. La que teme á Dios no conoce la mentira.

Maria. Pues bien, decidme: habeis amado alguna vez?

Juana. Y quién puede vivir en el mundo sin ese sentimiento que lo embellece todo y dá fuerzas en la desgracia?

Maria. Conque habeis amado?

Juana. Y amo con delirio.

Maria. Decís que amais? Y sería dificil saber el nombre del que os inspira ese amor?

Juana. Y por qué no?

Maria. Quién? quién?

Juana. Mi padre.

Maria. (Su padre! oh!)

Juana. Un pobre y noble anciano que me quiere mucho... y... no es verdad, señora, que Dios me castigaria si no correspondiera á su cariño?

Maria. (Qué vergüenza!)

Juana. Os poneis mala, señora?

Maria. No es nada. (Dios mio!)

Juana. Es que no quisiera molestaros.

Maria. Al contrario, tu voz me hace bien, mucho bien...

Juana. Qué buena sois!

Maria. Dime, y tú eres feliz?

Juana. No trocaria mi felicidad por una corona. Cuando estoy junto al lecho de mi padre trabajando para proporcionarle todas las comodidades posibles, canto, se duerme, y al verle cerrar los ojos, le doy un beso en

aquella venerable frente y me arrodillo delante de una Vírgen pidiendo le alargue sus dias y me dé trabajo... oh! y la Vírgen no me ha olvidado nunca.

Maria. Y no ambicionas nada mas?

Juana. La envidia enoja á Dios.

Maria. Pero si un hombre te hubiera ofrecido una vida de opulencia por tu mano...

Juana. Las buenas hijas no deben nunca abandonar á sus padres, y ¡ay de aquellas que lo hacen! porque la Providencia agosta su juventud, mata su felicidad. El remordimiento con la maldicion del cielo les persigue hasta la hora de su muerte.

Maria. Es verdad!... es verdad! (*Con acento ahogado y bajando la vista al suelo.*)

Juana. Veo que mis palabras os entristecen.

Maria. Oye: y nunca te han halagado esas joyas con las cuales se engrandece la hermosura de una mujer?

Juana. La joya de mas precio es la calma en el corazon, la fé en el trabajo... así como la felicidad que se compra, es un tormento, comparada con la que Dios envía.

Maria. Pero tú me has dicho que tu padre estaba postrado en una cama, y que su suerte era la que mas ambicionabas.

Juana. La suerte de mi padre es la dicha mia, y yo soy dichosa porque la Vírgen vela por mí. Ella es mi protectora... la trage conmigo de Italia, y siempre que la imploro oye mi voz y viene en mi ayuda.

Maria. (Dios me envía esta mujer para castigarme... estoy sufriendo horriblemente.) Prosigue, prosigue.

Juana. Cuando mi pobre viejecito se estableció en un meson, yo la coloqué junto al hogar, y una noche un viajero á quien perseguia la justicia, nos pidió que le salváramos. Era padre tambien, pero su hija le habia abandonado por seguir á su amante. Mi padre se indignó y dijo: «Yo os ayudaré,» y ambos á dos saltaron por una ventana. Los cuadrilleros habian rodeado el meson é hicieron fuego. Yo le pedia á la Vírgen por mi padre, y ella le salvó. Dos meses despues estábamos en la Corte, pero el pobre viejo tenia muchas heridas y se quedó tullido. Desde entonces trabajo por él, por él vivo, y solo ambiciono tenerle contento.

Maria. Y el viajero que salvásteis se llamaba?...

Juana. No lo olvidaré nunca. Fernan Perez.
Maria. Beatriz! Beatriz!
Juana. (Qué tendrá!)
Maria. Beatriz! (*Sale doña Beatriz.*) Llévate á esa mujer, llévatela, no quiero, no quiero verla; sus palabras caen sobre mi corazon como una maza de hierro... ella, ella salvó á mi padre, en tanto que yo... Ah! esa mujer es el dedo de Dios que señala mi pasado y descubre mi porvenir.
Beatriz. Venid por aquí, jóven: dejareis esas flores en el gabinete de la señora.
Juana. Que Dios os premie el haberos acordado de mí. (*Vanse.*)

ESCENA XIV.

MARÍA.

Señor! Señor! conozco tu justicia! hiere!... esta frente es criminal. La voz de esa jóven retumba en el fondo de mi alma, y en vano procura mi espíritu agitado luchar con la carcajada que lanza mi conciencia al oir su eco vengador. Dios mio! haz que mi hija sea tan buena como esa pobre mujer. (*María cae en una silla y se queda abismada apoyando la frente sobre las manos.*)

ESCENA XV.

MARÍA. ROBERTO. DON LUIS *desde el foro.*

Roberto. Preocupacion y nada mas, Luis; ese hombre corre de mi cuenta: y la marquesa?...
Luis. Mientras viva María conmigo, se niega á concederme su mano. Silencio! no es ella?
Roberto. Sí.
Luis. Qué tendrá?
Roberto. Farsa, amigo Luis, farsa.
Luis. Qué hacemos?
Roberto. Estáte al acecho, y cuando conozcas que es oportuno, reunes la gente y entras aquí de rondon.
Luis. En tí confio.
Roberto. Pierde cuidado. (*Vase don Luis foro izquier-*

da. Roberto se acerca á María poco á poco, y apoyándose en el respaldo del sillon, le dice.)

ESCENA XVI.

ROBERTO. MARÍA.

Roberto. (Es una mala accion, pero un buen arrepentimiento en la hora de la muerte nos salva. Adelante.) María!

Maria. Ah! qué quereis? Dejadme, necesito estar sola, completamente sola!... lo oís?...

Roberto. Hé ahí lo que son las mujeres!... amadlas con delirio, y os pagarán con la mas cruel ingratitud; despreciadlas, y os amarán con locura.

Maria. Por qué me estais zumbando al oido esas palabras que no comprendo?

Roberto. Que no me comprendeis? Señora, ha llegado el momento de que os sea franco. La amistad habia puesto una mordaza en mis labios... salga del pecho lo que hace tanto tiempo amarga mi existencia.

Maria. Esa mirada!... esa entonacion!... no prosigais.

Roberto. Si Luis os hiciera dichosa, si os amára... moriria conmigo este sentimiento, que será eterno; pero cuando menospreciando vuestro amor os olvida porque ama á otra mujer, debo dar salida al fuego que me devora.

Maria. Pero este hombre se ha vuelto loco!... qué es lo que dice? Dios mio!

Roberto. María... os amo! Decidme que correspondeis á esta pasion, y mañana deja de existir el hombre que os engaña; decidme que no me amais... y parto para siempre.

Maria. Sí... no hay duda; quieren volverme loca.

Roberto. Si vos comprendiérais lo grande, lo inmenso de mi amor!...

Maria. Cuando una mujer se ve olvidada, todo el mundo se cree con derecho para befarse de ella, para escupirle en la cara.

Roberto. Ponedme á prueba y vereis de lo que soy capaz. Nada en el mundo me arredra. (Y no viene ese imbécil!)

Maria. Salid, caballero. (*Aparecen don Luis, Fernan Gil y caballeros en el fondo.*)

Roberto. (Ah! gracias á Dios!) (*Roberto la coge una mano. María procura desasirse y le mira con asombro.*) No, no os ireis sin oirme. Vuestro amor es el paraiso, vuestra indiferencia el infierno. María! María! (*Cae á sus piés y le besa repetidas veces una mano. Todos los que están en el fondo entran en la escena. Don Luis viene delante.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. DON LUIS. FERNAN GIL. *Damas. Caballeros y Pages.*

Luis. Miserable! (*Colocándose entre los dos. María retrocede.*)

Fernan. Esto mas! (*Quedándose en el centro abismado.*)

Roberto. Dejad el insulto, sé lo que me corresponde.

Luis. Nos hemos entendido... y vos, señora, que tan vilmente burlais mi confianza, salid de esta casa. (*María se pasa la mano por los ojos y mira primero á don Luis con asombro y á Roberto con rabia. Pausa.*)

Maria. Me despide! me despide! Oh! esta gente no sabe lo que se dice. No, no saldré... pero, por qué callais, caballero? Decidle que yo no os amo, que yo no os he amado nunca.

Fernan. Sí, sí, hablad; solo espero vuestra contestacion (para arrancarle la lengua).

Roberto. Señora, estoy resuelto á perder la vida por vos. Soy vuestro, nada me arredra, pero...

Maria. Acabad!

Roberto. Un caballero no debe mentir... vos me habeis jurado un amor eterno.

Fernan. Oh! (*Con rabia.*)

Luis. Ya lo habeis oido. (*Pausa.*)

Maria. Ese hombre, no hay duda, está loco; está loco, ó es el mas infame de este mundo. Yo amarle! yo! Mentira! mentira!

Fernan. Decidme, señora, por la salvacion de vuestra hija... es cierto lo que ha dicho ese hombre?

Maria. Dios, que nos mira, sabe el horrendo sacrilegio que ha pronunciado su lengua.

Fernan. Oidme, señores. Solo dos miserables como esos pueden ultrajar cobardemente á una mujer desvalida.

Roberto. Sálid!...

Luis. Vive Cristo!...

Fernan. Dejad las espadas... antes para batirte conmigo tú (*A Roberto.*) compra honra, y tú (*A don Luis.*) un título, porque el que tan injustamente has llevado hasta hoy, ya no te pertenece. El rey ha perdonado en la hora de su muerte al conde del Castillo. (*Se arranca el antifaz. Asombro general. Al mismo tiempo Juana y doña Beatriz salen del cuarto de María.*)

Juana y *Beatriz.* Ah!

Luis. (Fernan Gil!)

Roberto. Oh rabia!

Maria. Mi padre! Padre mio! (*Corre hácia él.*)

Fernan. María!—No! jamás!... esa es tu suerte. (*La rechaza.*)

Maria. Padre mio!

Fernan. Aparta!... (*Huyendo de ella.*)

Maria. Ah! (*María retrocede y cae en los brazos de doña Beatriz y Juana. Los convidados se agrupan al fondo rodeando á Fernan Gil. Don Luis y Roberto se miran absortos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una bohardilla: puerta al fondo y laterales. Los muebles que adornan la escena deben ser de madera, pero en buen estado: todo revela el aseo. Una mesa sirve de peana á una Vírgen de talla pequeña, la cual estará colocada cerca del proscenio. Otra, encima de la cual se verá un ramo de flores artificiales.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA *aparece arrodillada junto á la Vírgen y apoyando la frente en la mesa. Despues de un momento de haberse levantado el telon, sale* JUANA *por el fondo, se dirige á María, y dice, tocándola suavemente en el hombro:*

Juana. Señora?
Maria. Y mi padre?
Juana. Le he visto.
Maria. Estará indignado? Sí, su cólera es justa, muy justa.
Juana. Un padre, por muy indignado que esté contra un hijo, siempre concluye por perdonarle.
Maria. Conque aun puedo abrigar la esperanza...
Juana. No he dicho eso; pero tened fé, y la Vírgen os ayudará.
Maria. Es imposible que vuestras palabras no le hayan enternecido; vos teneis el acento de los ángeles; en vuestros ojos reverbera la inocencia. El sabe que cuando todos me abandonaron, vos fuísteis mi único apoyo; vos me dísteis un abrigo en vuestra casa.
Juana. Y no hubiérais hecho vos lo mismo?

Maria. No olvidaré nunca lo que os debo, y mi padre tampoco...

Juana. A pesar de todo, mi trabajillo me ha costado convencerle.

Maria. No me oculteis nada; decid lo que os dijo; sus mismas palabras.

Juana. Al verme esclamó... «no quiero saber nada, absolutamente nada;» pero luego fueron humedeciéndose sus ojos, y acabó por decirme que vendria á veros.

Maria. Dios ha oido mis oraciones.

Juana. Despues, llamando á un criado... Esto es una buena noticia.

Maria. Cuál, amiga mia?

Juana. Le dijo: busca á don Luis.

Maria. No le nombres.

Juana. Es verdad, se ha portado muy mal. No podia haberos dicho su resentimiento sin testigos? Pero dicen que los celos trastornan la razon, y vos le debeis perdonar, porque en aquel momento estaba loco.

Maria. Te suplico que me hables de mi padre, de él solo.

Juana. De vuestro padre, solo sé lo que os he dicho.

Maria. Crees tú que podré alcanzar su perdon?

Juana. No debeis perder la esperanza, ella es la mejor compañera de la mujer.

Maria. Mira, hija mia, tú ya conoces lo que sufro; te suplico, por lo que mas ames en el mundo, que no me ocultes nada; para tranquilizar mi espíritu, necesito que un ángel como tú me hable de mi padre. (*Suena un aldabazo en la puerta del fondo.*)

Juana. Ahí le teneis. Oh! no se ha hecho esperar. Vamos, valor; cuando os digo que confieis en la Vírgen!...

Maria. Sí, sí; teneis razon.

Juana. Ella os sacará con bien de todo. (*Abre la puerta. María corre hácia su padre: él la rechaza suavemente, toma una caja de mano de un criado y la coloca sobre la mesa. El criado se marcha.*

ESCENA II.

DICHOS. FERNAN GIL.

Maria. Padre mio! (*Fernan Gil la rechaza.*)

Juana. Pobre señora! (*Llora.*)

Maria. (Me rechaza! No tengo valor para mirar su venerable frente.)

Fernan. (*A Juana.*) Hija mia, dejadnos solos; tengo que hablar con esa señora.

Juana. Señor, no olvideis que es vuestra hija. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARÍA. FERNAN GIL. (*Pausa.*)

Fernan. He venido, señora, porque es preciso poner término á mi deshonra.

Maria. Si con mi vida podeis recobrarla, es vuestra... herid...

Fernan. Vuestra vida!... De qué me sirve vuestra vida? teneis una hija; vivid para ella: ese es vuestro deber.

Maria. Viviré para ella, puesto que así lo quereis.

Fernan. Dentro de poco vendrá don Luis.

Maria. Aquí! Y para qué, señor?

Fernan. Así lo exige mi decoro.

Maria. Por mas que procuro adivinar vuestro pensamiento, no atino por qué habeis citado á ese hombre.

Fernan. Vuestra hija necesita un apellido que encubra la deshonra de su madre... Sereis la esposa de vuestro amante.

Maria. Olvidais, señor, que no le amo?

Fernan. Aborrecedlo si os place... pero será vuestro esposo.

Maria. Imposible!

Fernan. Imposible!! No he venido para escuchar vuestras condiciones, sino á imponer las mias.

Maria. Reparad que el sacrificio que me exigís es superior á mis fuerzas.

Fernan. Sereis su esposa.

Maria. Está bien... lo seré.

Fernan. Despues de verificada vuestra union, os separareis para siempre.

Maria. Yo os agradezco... ese favor.

Fernan. Vuestra hija será mi única heredera: preparaos á despediros de ella.

Maria. Quereis arrancarla de mi lado?...

Fernan. Vivirá conmigo, hasta el dia en que vuestro arrepentimiento os haga digna de mi perdon.

Maria. Separarla de su madre?...

Fernan. Ese es mi deber.

Maria. Y hasta cuándo he de sufrir ese castigo?...

Fernan. Dios lo sabe.

Maria. Eso es imposible, imposible!... yo no me atrevia á llorar delante de vos; pero ya no puedo mas! Perdon! padre mio! miradme á vuestros piés. Vos habeis sido siempre bueno para vuestra hija. Sin vuestro apoyo, sin vuestro cariño, qué me queda en el mundo? nada, nada; soy criminal, soy una planta maldita que se nutrió con la sávia del cieno; pero para alcanzar mi perdon, para volver á ocupar un lugar en vuestro pecho, Dios me ha dado una hija, único consuelo en mi amargura. Vos sabeis lo que es una hija, trozo de las entrañas, cuya sonrisa nos hace ver un paraiso, que solo comprenden los padres, luz de nuestros ojos, bálsamo de nuestro dolor. ¿Qué madre trocaria una corona por solo un cabello de su hija? Oh! no, no quiero vivir sin ella: si me arrancáseis el corazon, no sería tan grande el vacío que quedára en mi pecho, como si os llevais esa criatura, único cable de salvacion para una madre desgraciada.

Fernan. Vuestro dolor os hace comprender el mio.

Maria. Es cierto! pero hay mil pruebas con las cuales podeis convenceros de que el cielo al fin me ha enseñado la senda del deber.

Fernan. Y si yo os impusiera una penitencia por vuestro crímen...

Maria. Cuanto pueda concebir el entendimiento humano, cuanto esté al alcance de las criaturas, lo haré, sin cesar de bendeciros; si no anhelo, si no deseo otra cosa. (*Llaman al foro.*)

Fernan. Ese que está llamando, sin duda es don Luis.

Maria. Oh! no quiero verle.

Fernan. Abridle la puerta. (*Cogiéndola del brazo.*)

Maria. Señor...

Fernan. Habeis prometido obedecerme.

Maria. Sea. (*Con resignacion.*) (*Corre á la puerta, la abre, y se refugia junto al oratorio. Fernan Gil jun-*

to al proscenio. Don Luis en el dintel de la puerta, inmóvil.) (*Pausa.*)

ESCENA IV.

DICHOS. DON LUIS.

Fernan. Acercaos, don Luis.
Maria. (Me faltan las fuerzas.) (*Ap.*)
Luis. He tenido la honra de ser citado, y aquí me teneis...
Fernan. Esperando que os diga el motivo?... Es muy justo. (*Conduce á un estremo del teatro á María, y le dice en voz baja:*) María, harto sé que el amor ha puesto entre vosotros dos una valla insuperable, pero ese hombre ha deshonrado mis canas y debe llamarse tu esposo.
Maria. Tened piedad de mí! pensad que yo no debo proponerle ese enlace.
Fernan. Lo mando.
Maria. Está bien.
Fernan. Os estaré oyendo; no olvideis que es el único camino que conduce al término que deseais.
Maria. No lo olvidaré, señor.
Fernan. Caballero, os dejo con María. A ella y no á mí toca deciros el motivo de esta cita. (Me estoy matando yo mismo.) (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

DON LUIS. MARÍA. *Pausa.*

Maria. (Dadme fuerzas, Dios mio!...)
Luis. (No me atrevo á mirarla...)
Maria. (Valor... Mi padre lo manda... mi hija lo exige...) Caballero...
Luis. Perdon, María, perdon. (*Arrojándose á sus piés.*)
Maria. Es tarde... Abrid en el fondo de vuestra conciencia una tumba, y guardad en ella ese arrepentimiento; para nada lo necesito.
Luis. Teneis razon, vuestro desprecio, no vuestro per-

don, merezco; las lágrimas sientan mal en los ojos de un hombre que ha sido bastante débil para seguir la senda que le marcaba un miserable egoista. Despréciame, no soy digno de otra cosa.

Maria. Lo pasado, caballero, debe cubrirlo el velo del olvido; tratemos del presente. Dentro de poco nos unirá un sacerdote, pero al concluir la sagrada ceremonia, nos separaremos para siempre.

Luis. Separarme de vos!... nnnca; necesito daros mil pruebas de abnegacion y cariño. Vivir sin vos?... imposible: vivir sin mi hija?... antes la muerte.

Maria. Por ella sola me sacrifico á daros mi mano: si ese ángel no existiese, no sería jamás vuestra esposa.

Luis. Es justo vuestro resentimiento, señora: ayer, cuando me hallé rodeado de lujo, de ostentacion, cometí la villanía de arrojaros de mi casa: hoy, pobre, despreciado de los mismos que me cercaban, sin mas fortuna que mi espada, sé lo que me toca. Flandes me espera; los estandartes españoles llevan la victoria por todas partes; allí, pues, iré á buscar la muerte.

Maria. Partireis mañana, despues de haberle dado un nombre á mi hija?...

Luis. Partiré, señora.

Maria. Nuestra mision ha terminado.

Luis. Os vais?... Oh! al menos dadme una esperanza que pueda calmar mi espíritu.

Maria. Partireis para no vernos jamás.

Luis. Vos ignorais que he sido víctima de un miserable que, abusando de mi confianza, abrió un abismo á mis piés, y me empujó, haciéndome rodar hasta el fondo; pero yo os prometo que antes de abandonar á España, pagará con su vida el daño que me ha hecho.

Maria. Podeis hacer lo que os cuadre.

Luis. María, pensad que mi separacion tal vez sea eterna; pensad que en el fondo del alma siento la voz de mi conciencia, que está gritando os amo, os amaré siempre.

Maria. Basta.

Luis. Oh! vuestra esquivez me asesina!... No creais que deseo disculparme á vuestros ojos, pero ese mi-

serable Roberto es el que se ha complacido en amargar nuestra existencia; sin él hubiéramos sido felices; sin él vuestro padre no hubiera gemido dos años en las cárceles de Segovia. Yo os juro por lo mas sagrado, que no tuve parte en esa villanía.

Maria. Vos lo ignorábais?

Luis. A saberlo, jamás lo hubiera consentido.

Maria. Habeis conocido tarde vuestra debilidad.

Luis. Lo sé, y por eso parto, señora: si algun dia, cuando el dolor, los sufrimientos hayan encanecido mis cabellos, os hallo ante mi paso, ¿podré abrazar á mi hija, concediéndome el placer de que me llame padre una vez solo?...

Maria. (Será cierto lo que dice, Dios mio?...)

Luis. María!... Decidme: puedo partir con la esperanza de que vuestro corazon guardará un recuerdo para el pobre desterrado?

Maria. Sí, caballero.

Luis. Dios os premie el bien que me haceis...

Maria. (Su acento me enternece.)

Luis. Permitireis á un padre infeliz que bese antes de su partida la frente de su hija?...

Maria. No debo prohibirlo.

Luis. Gracias, señora, gracias.

Maria. (Qué es esto?... amaré aún á este hombre?)

Luis. Decidle á vuestro padre que espero sus órdenes.

Maria. (Podré perdonarle algun dia?...) (*Se dirige á la puerta de la derecha y sale Juana.*)

ESCENA VI.

DICHOS. JUANA.

Juana. Buena noticia, señora.

Maria. Será posible!

Luis. Hablad.

Juana. Vuestro padre os ha estado escuchando, se ha enternecido, yo le he visto llorar...

Maria. Corramos á verle.

Juana. No... oid: aprovechando la ocasion, mi pobre viejo y yo, le hemos suplicado que os perdonára.

Maria. Y qué?...

Juana. Entonces escribió esta carta y dijo: decidles que este es el castigo que les impongo por su crímen.

Maria. Dadme, dadme esa carta.

Luis. Leed, leed, señora.

Juana. (Cuánto padecen!...)

Maria. «A don Luis: — Caballero, (*Lée.*) hoy debe efectuarse vuestro enlace; si vuestro arrepentimiento es franco y leal, dadme una prueba. Necesito que la marquesa del Pino sea vuestra madrina de boda; por ella habeis humillado á mi hija; presencie ella la reparacion de vuestra culpa.» — Qué decís, caballero?

Luis. Que voy á arrojarme á los piés de esa mujer, y si con ese pequeño sacrificio lavo mis culpas, tengo esperanza de que aun podré devolveros la felicidad.

Maria. (Oh! amaré otra vez á este hombre!...) Gracias, gracias, don Luis...

Luis. Continuad...

Maria. (*Lée.*) «A María: — Deseo perdonarte; he aquí la condicion: vivirás un año de tu trabajo, habitando esta casa, y tu padre te recibirá en la suya concluido este tiempo: Juana te entregará el regalo de boda...» Ahora estoy segura que mi padre me tornará su cariño.

Luis. Adios, María; corro en busca de la marquesa.

Maria. Sí, sí, corred.

Luis. Adios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARÍA. JUANA.

Maria. Dice que vos me entregareis?...

Juana. El regalo de boda... mirad.

Maria. (*Abriendo la caja.*) Un vestido de paño burdo!... Esas galas son las que merezco: en muchos años no ha de arrancarse este sayo de mi cuerpo: si un dia te arrojé de mí con desprecio, hoy te necesito para ser feliz. (*Vase precipitadamente por la última puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

JUANA.

No tengo corazon para estas cosas... Oh! mucho habrá enojado á su padre cuando la trata con tanta dureza! No es verdad, Virgencita mia, que yo seré siempre una buena hija para mi pobre viejecito?... Oh! sí, sí; yo quiero que no me olvides, y tú no me olvidarás, porque te lo pido de corazon!...

ESCENA IX.

JUANA. FERNAN GIL.

Fernan. Juana, y María?... y Luis?

Juana. Son muy desgraciados y muy dignos de vuestro perdon... Locos de alegria, corren á cumplir su penitencia.

Fernan. Si vieras lo que sufro! Esta crueldad que te pasma, me está asesinando.

Juana. Pues por qué no abrís vuestros brazos, diciéndoles: venid, hijos mios, todo lo olvido?...

Fernan. Aun no es hora. Tú no puedes comprender, hija mia, que mi rudeza es la sávia bienhechora que ha de fecundizar en su corazon la calma; si llegáras á comprender, á sentir ese amor paternal, ese cariño que solo comprenden los padres, entonces esclamarias «pobre Fernan Gil, se estaba matando por devolverle á su hija la felicidad...» Pero no perdamos el tiempo... Corre. Hallarás á un criado al fin de la escalera. Dile que estoy esperando á Roberto.

Juana. A Roberto!

Fernan. Sí. Me está esperando en mi coche.

Juana. Voy, señor... (*Vase.*)

ESCENA X.

FERNAN GIL.

Roberto sería mientras viviese la sombra de mi hija. Valor: es preciso inutilizarle, matarle... Sí, es ne-

cesario... Dios me dará fuerzas. Si no se vende al oro, haga el acero su deber. Sí, eso es... un traidor siempre fué cobarde. Este brazo aun está fuerte, y cuando se trata de la felicidad de una hija, nada arredra á un padre... Oigo pasos... ahí está!

ESCENA XI.

DICHO. JUANA. ROBERTO, *por el fondo.*

Fernan. Juana, dejadnos solos. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

Roberto. (Con este zorro viejo es preciso andar despacio.)

Fernan. (Audacia y serenidad.) Te estraña el que te haya conducido á esta casa?

Roberto. Hola, me tuteais!... Mejor, eso prueba...

Fernan. Que te conozco, no es cierto?

Roberto. Así parece; y pues que sabeis lo que valgo y lo que merezco, os suplico que vayais derecho al negocio.

Fernan. Te he llamado porque conozco tu apego al oro, y deseo enriquecerte.

Roberto. Vive Cristo que me hace falta!... Conque al grano.

Fernan. Cuánto vale escribir una carta que yo dictaré... y que tú firmarás? (*Roberto le mira, se acerca á una mesa, coge la pluma y dice con calma despues de haberse sentado:*)

Roberto. Podeis dictar... Antes de firmarla pondré el precio.

Fernan. Escribe. «Soy un miserable...

Roberto. Eso vale cuatro doblas.

Fernan. Escribe. Soy un miserable calumniador. María es inocente. Por un puñado de florines cometí la villanía...

Roberto. Cara os cuesta la carta.

Fernan. Prosigue.

Roberto. La villanía...

Fernan. De blasfemar, porque ella no me amó nunca; pero yo vendo por una dobla hasta mi conciencia.

Roberto. Oh! si continuais de ese modo, no bastará vuestra fortuna para satisfacer mis exigencias.

Fernan. Pediré prestado. Escribe. Despues de esta infamia, aprovechándome del aturdimiento, me introduje en el camarin de María y robé un aderezo de diamantes.

Roberto. Quién os ha dicho eso!... (*Levantándose.*)

Fernan. No te muevas, y escribe. (*Le sujeta á la silla.*)

Roberto: Pero, eso es mentira.

Fernan. Silencio! Doña Beatriz no ha muerto.

Roberto. Y qué me importa esa vieja?

Fernan. Ella puede señalar al ladron, y al asesino.

Roberto. Pensais amedrentarme?

Fernan. Escribid... os trae mejor cuenta.

Roberto. Esto es un lazo... no escribo. (*Se levanta. Fernan Gil le vuelve á sujetar, y saca la daga que apoya sobre su pecho.*)

Fernan. Escribe, ó te mato. Tu vida está en mis manos. Te perdono, pero quiero una seguridad.

Roberto. Y me dareis el dinero para emprender mi viaje?

Fernan. Sí.

Roberto. Y robé un aderezo de diamantes...

Fernan. Asesinando á doña Beatriz, que se oponia á mis deseos.

Roberto. (Es preciso matar á este hombre.) (*Ap.*)

Fernan. Por todas estas razones, mi vida pertenece al conde del Castillo.» — Ahora firmad.

Roberto. Aun no os he dicho el precio.

Fernan. Pide.

Roberto. Tres mil doblas.

Fernan. Concedido. Firma.

Roberto. Y el dinero?

Fernan. Firma.

Roberto. Y el dinero?

Fernan. Miserable!... no fias en mi palabra?

Roberto. Dejadme reflexionar...

Fernan. Sé breve.

Roberto. El tiempo que necesito para mataros. (*Roberto se lanza bruscamente sobre Fernan Gil, y procura apoderarse de la daga que lleva al cinto.*)

Fernan. Villano! lo veremos. (*Le guarda la accion, y dando una vuelta á la hoja la dirige al pecho de Roberto: éste huye aterrado por la primera puerta de la izquierda. Fernan Gil le sigue cerrando la puerta tras sí.*)

ESCENA XII.

JUANA.

(*Sale precipitada por la puerta de la derecha, y se dirige á la que figura ser la de María.*)

María!... María!... Oh, Dios mio!... Ese hombre va á asesinar á ese pobre anciano! María!... María!... abrid!...

ESCENA XIII.

DICHA. MARÍA, *por el fondo.*

Juana. Ah! ayudadme, señora!
Maria. Qué ocurre? Qué pasa?...
Juana. Vuestro padre está en esa habitacion!... está con Roberto!...
Maria. Padre!... Padre mio!... (*Lanzándose á la puerta.*) Abrid!... abrid, soy yo, soy vuestra hija, soy María!... Oh!... no puedo!... no puedo!... apretad!... apretad!... mas!... mas!... Ya no se oye el ruido de las espadas!... Oh! esto es horrible!...

ESCENA XIV.

DICHAS. DON LUIS, *por el foro de la derecha.*

Luis. María! la marquesa consiente!
Maria. Qué me importa esa mujer, cuando mi padre está tal vez muriendo!...
Luis. Vuestro padre!...
Maria. Sí, en esa habitacion. Él... Roberto!...
Luis. Oh!... (*Lanzándose hácia la puerta.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. FERNAN GIL.

Maria. Ah!... Estais herido? (*Abrazándole.*) respondad.
Luis. Dejadme entrar.
Fernan. Deteneos. Nada me ha sucedido.
Luis. Entonces, Roberto?...
Fernan. Roberto vive.
Maria. Vive!...
Fernan. Sí; es un cobarde: se negaba á firmar esta carta, y cuando la punta de mi espada amenazó su pecho, arrojó la suya á mis piés, y le he perdonado la vida en cambio de una firma.
Maria. Habeis espuesto vuestra vida!... Cuándo alcanzaremos vuestro perdon?
Fernan. Dentro de un año.
Maria. Y no me permitireis besar vuestra mano?
Juana. Vamos, qué os cuesta?
Fernan. Tomad. (*Dirígese al foro.*) (No puedo mas.)
Maria. Os vais, señor, sin acompañarnos al altar?
Fernan. Imposible!
Juana. Señor, su arrepentimiento es sincero.
Fernan. Esto es horrible!
Juana. Por vos, por mi padre!
Fernan. Imposible! mañana tal vez...
Juana. No teneis corazon.
Fernan. Ah!... Cese de una vez este horrible tormento... María!... Luis!... Todo lo olvido.
Luis y *Maria.* Ah!... (*Se arrojan en los brazos de Fernan Gil, el cual les estrecha con cariño. Juana se arrodilla delante de la Vírgen.*)
Juana. Gracias, Vírgen mia!

FIN DEL DRAMA.

Madrid 6 de Diciembre de 1856. = Conforme con el dictámen del censor Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, puede representarse este drama en tres actos titulado *La hija de Fernan Gil.* = P. O. *Escobar.*

3 0112 115865229